

querido decir: PRECISA Y EXCLUSIVAMENTE, el gran disparate, que vuestras palabras encierran, tomadas en sentido literal, y que, por tanto, torcería vuestro pensamiento, quien se permitiese, por *respeto á vuestro juicio y siguiendo las reglas comunes de interpretación* darles otro, distinto de aquel que arroja el disparate y el desatino.

Esto se llama Vigil contra Vigil.

Y ahora, pregunto yo; si así corre vuestra pluma ¿cómo andaré vuestra cabeza?

Ved, Señor, la dura condición á que reducís á vuestros adversarios.

Estas humillaciones de vuestro entendimiento deben seros demasiado amargas, para que yo me complazca en afrentaros con ellas; pero me impone este penoso deber ese AIRE DE DOGMATISMO, con que Vos, que no sois Papa, decís vuestros disparates.

Pocas cosas exacerban tanto, como un DESATINO CON PRETENSIONES DE ACIERTO.

Creo que Vos no disentiréis, en esto, del sentir común de la humanidad.

Continuemos.

A mayor abundamiento de pruebas, y para contentamiento de los más exigentes, y para que no subsista ni siquiera una sombra de duda, acerca del contra sentido de vuestros acápites segundo y tercero, habéis preguntado al Papa si creía que la *proclamación del dogma de su infalibilidad* fuese la panacea universal de los males de la humanidad; luego habéis afirmado que el Papa no creía tal cosa, ni podía creerla; á continuación, le habéis demostrado que la infalibilidad pontificia no podía tener esa prodigiosa virtud; y, por último, habéis concluído, en estos términos: “y lo que no ha hecho la INFALIBILIDAD DE DIOS, ¿podrán alcanzarlo las INFALIBILIDADES HUMANAS?”.

Quiero poner esto bien claro para que lo entiendan toda clase de gentes, y, especialmente, Vos.

Comenzáis por dudar de que el Papa crea en el disparate de que el dogma de la infalibilidad sea la *palabra creadora y omnipotente*, que renueva, por decirlo así, la faz de la tierra; disparate que primero, le atribuísteis, al decir que había convocado á Concilio para *arbitrar esa palabra*.

Continuáis afirmando que el Papa ni cree, ni puede creer, un disparate semejante.

Luego proseguís, demostrándole que ese disparate es tal disparate;

Y, por último, concluís, diciendo, como quien infunde convicción al que duda: “Y lo que no ha hecho la INFALIBILIDAD DE DIOS ¿podrán alcanzarlo las infalibilidades humanas?”.

Ahora quisiera yo congregar á todos los muchachos de escuela, que no bajasen de siete años y que no pasasen de doce, para que pronunciaran sentencia sobre vuestra manera de pensar y de discurrir; y hasta les diera el encargo de aplicaros la *condigna pena*.

Ya supondréis la que los muchachos pueden dar.

Eso sería una especie de *compensación indirecta* del martirio que me habéis hecho sufrir, obligándome á seguir vuestro discurso.

Pido excusas á mis lectores, que no son vos, por la parte de tormento que les haya tocado.

Ya es tiempo de que analice vuestras ideas.

En este terreno, tendré á lo menos, un poco de libertad, no estando *encadenado* por la *forma de vuestro pensamiento*, que—yo os lo aseguro—es cadena muy dura de llevar.

El pensamiento que domina, este tercer acápite de vuestra carta, es la distinción entre la infalibilidad de Dios y lo que llamáis las infalibilidades humanas, dejando entrever al lector que, siendo la infalibilidad de

Dios la única aceptable, á los ojos de la razón y el buen sentido, las otras son una absurda pretensión de la soberbia humana.

Y, como aquí no se trata sino de la definición dogmática de la infalibilidad pontificia, ese plural, mal traído y peor empleado: *infalibilidades humanas*, se resuelve en este singular, bien concreto y bien preciso: **INFALIBILIDAD DEL PAPA.**

Esto me obliga á demostrar 1º que sólo Dios es infalible, **POR SÍ MISMO**, 2º, que, *estrictamente hablando*, no hay infalibilidades humanas y 3º, que la **INFALIBILIDAD DEL PAPA ES LA MISMA INFALIBILIDAD DE DIOS.**

**DIOS ES EL ÚNICO INFALIBLE.**

Vos también lo habéis escrito; pero, al decir al Padre Santo, *disimulad esta palabra*, habéis dejado entender que el Papa y, con él, todos los católicos creen que la infalibilidad pontificia deriva de otro principio, que no es Dios.

Habéis supuesto que la infalibilidad de Dios hacía sombra á la infalibilidad del Papa, y luego, habéis tenido la mezquindad de decirlo.

**SÓLO DIOS ES INFALIBLE.** Ciertó; pero, *absoluta é incondicionalmente*; y, en este sentido, su infalibilidad es *incomunicable*. por la misma razón que es *incomunicable su propio Ser.*

Mas, de la misma manera que Dios puede crear; esto es, dar sér á lo que carece de él, sin que por esto, se diga que *comunica su Ser*; así, también, puede *comunicar infalibilidad* á los entendimientos creados y á la palabra humana, sin que, por esto, se diga que transmite *su propia Infalibilidad.*

Es duro tener que repasar á un hombre de 70 años que ha pasado gran parte de su vida, en una biblioteca, y que es autor de muchos libros, estos rudimentos de filosofía y de teodicea natural.

No hay *infalibilidades humanas*. Ciertó; *absolutas é incondicionales*, como la de Dios, no las hay.

¿Quién lo ha dudado nunca?

Pero, *comunicadas por Dios, limitadas á su objeto propio y condicionadas*, ¿quién ha dudado nunca de que las hay?

¿No son **INFALIBLES** los sentidos, la *conciencia*, la *razón* y el *testimonio humano*?

Vos mismo, señor, ¿no sois infalible, cuando decís que la tinta es negra, que un acto de entender no es un acto de querer, que un triángulo no puede ser cuadrado y que existieron César, Alejandro y Napoleón?

Vuestro furor anti-infalibilista ¿os hará no respetar estas infalibilidades?

No puedo creerlo.

Pero esta infalibilidad de vuestros ojos, de vuestra conciencia, de vuestra razón y del testimonio humano ¿tienen en Vos su *principio*, su *razón de ser*?

NO; porque no sois Dios.

Aquí estaría bien puesta, no donde vos la habéis escrito, la proposición: **DIOS ES EL UNICO INFALIBLE.**

Permitidme, ahora, que os haga una especie de catecismo de estas ideas, por preguntas y respuestas.

Se me figura que este método tan provechoso para los niños, lo será también para Vos.

**PREGUNTA.** Pero, entonces; ¿aquellas *infalibilidades* no son verdaderas?

**RESPUESTA.** Si que lo son, y hasta el fundamento de la verdad, en cuanto es objeto de nuestro entendimiento; pero sólo, en cuanto *comunicadas, relativas, condicionadas.*

P. Luego, mis ojos, mi conciencia y mi razón no son infalibles, *por virtud propia* sino por *cierta virtud divina*, que les es perpetuamente comunicada, y los constituye órganos de verdad?

R. Precisamente es así.

P. Luego la *infalibilidad* de los criterios del conocimiento coexiste con la INFALIBILIDAD DE DIOS, de la misma manera, en el mismo sentido, y con la misma verdad, que los *seres creados* coexisten con el SER INCREADO.

R. Exactamente.

P. Luego es un desatino negar *infalibilidad limitada*, en las criaturas, fundándose en que sólo existe una INFALIBILIDAD INFINITA, en Dios.

R. Perfectamente bien.

P. Tanto valdría negar la *realidad de los seres*, fundándose en que DIOS ES EL SER ¿No es verdad?

R. Así es.

No sé, señor, si me habréis comprendido.

Asimismo explico estas ideas á los alumnos de mi curso y me entienden perfectamente.

Vamos ahora á la infalibilidad del Papa.

En gracia de la variedad, voy á discurrir, en la forma de un diálogo entre Vos y yo (1).

Hélo aquí.

EL SEÑOR VIGIL ¿El Papa es *infalible*?

Yo. Sí, señor.

(1) Proponiéndome, por medio de estas cartas, no solo impugnar al señor Vigil, sino también enseñar la verdadera doctrina católica sobre la infalibilidad del Papa, separándola de todas las *inexactitudes y errores* con que la han mezclado y confundido la *ignorancia* de unos, la *mala fe* de muchos y la *preocupación* del mayor número, me ha parecido conveniente argumentar, en forma de interrogatorio y de diálogo, aunque esta forma no corresponda al estilo general de estas cartas, á fin de adaptarme á los menos inteligentes de mis lectores. Deseo vivamente que se extienda, en el seno del pueblo, la verdadera idea de la infalibilidad del Papa; por eso, me valgo para explicarla de comparaciones sencillas, y hasta vulgares. Deseo también que se ponga de manifiesto la *indignidad* y la *infamia* de los que, en tan delicado punto, han *explotado la ignorancia del pueblo, con el inicuo fin de extraviar su fe*.

EL SEÑOR VIGIL. Pero los ojos de Ud. tampoco son *infalibles*, si se sirve de ellos para apreciar los sonidos y los olores, concedo que lo sean, si los emplea Ud. sólo para ver, *que es su objeto propio*.

Yo. De la misma manera, el Papa no es *infalible*, si enseña Matemática, ó Astronomía, ó Terapéutica; sólo lo es, cuando ENSEÑA LA FE O LA MORAL, *que es el objeto propio de su infalibilidad*.

EL SEÑOR VIGIL. Ni aun usando los ojos sólo para ver son *infalibles*, en el caso de que no haya luz ó de que el objeto no esté á la distancia conveniente.

Yo. Asimismo el Papa, ni aun enseñando la fe ó la moral es *infalible*; necesita para hacerlo ENSEÑARLAS A TODA LA IGLESIA, EJERCIENDO EL OFICIO DE SU MAGISTERIO SUPREMO.

EL SEÑOR VIGIL. Pero, la historia demuestra que muchos Papas han errado.

Yo. Lo mismo que la historia de las enfermedades demuestra que muchos ojos, han visto, y ven, hoy mismo, sombras, moscas y hasta culebras.

EL SEÑOR VIGIL. Y ¿qué tiene que ver lo uno con lo otra?

Yo. Es muy sencillo. Que así como estos ojos yerran, porque no están en las *condiciones de la visión infalible*, así aquellos Papas erraron, porque estaban fuera de las *condiciones de la enseñanza infalible*.

EL SEÑOR VIGIL. Entonces, nada prueban contra la *infalibilidad* del Papa los muchos casos, verdaderos ó supuestos, en que han errado los Pontífices, y que, con tanto afán, he acopiado en mis artículos de *El Comercio*.

Yo. Nada, señor. Eso es lo mismo que presentar el catálogo de las enfermedades de los ojos para demostrar que no sirven para ver, ó que nos engaña, cuando vemos.

EL SEÑOR VIGIL. Ud. me vuelve loco.

Yo. Será contra mis intenciones, porque lo que yo quiero es volveros cuerdo.

EL SEÑOR VIGIL. Pero ¿cómo ha de ser el Papa *infallible*, SI DIOS ES EL ÚNICO INFALIBLE, como se lo digo, EN MI CARTA, al mismo Pontífice?

Yo. No hay que incomodarse, señor. Basta aplicar el argumento á los ojos, y que me contestéis á esta pregunta. ¿Cómo pueden ser los ojos *infallibles*, siendo DIOS EL ÚNICO INFALIBLE?

EL SEÑOR VIGIL. Miren que gracia. Los ojos no son *infallibles*, por *virtud propia*, sino por *virtud que Dios les ha comunicado*, al hacerlo órganos de la visión; y repugnaría á su Bondad y á su Providencia que nos hubiera dado un medio engañoso.

Yo. Aquí la gracia y hasta la simpleza es la vuestra. Pues, asimismo, el Papa no es INFALIBLE, por *virtud propia*, sino por VIRTUD DE LAS PROMESAS QUE DIOS LE HIZO, AL CONSTITUIRLO ORGANO DE SU PALABRA Y DE SU VOLUNTAD; y repugnaría á su Bondad y á su Providencia que nos hubiera dejado un medio engañoso.

El señor VIGIL. Pero, yo no acepto la paridad, porque todos tenemos ojos, y vemos con ellos, y, naturalmente, no nos engañan; mientras que no todos son *infallibles*, como el Papa, y, menos, en materias superiores á la razón.

Yo. Más lógica, señor doctor. De ahí no se deduce que no haya paridad, sino que la *infallibilidad* de los ojos y la INFALIBILIDAD DEL PAPA son de un género muy diferente; la primera es *natural y universal*, la segunda es *sobrenatural y exclusiva*, como decimos los católicos.

El señor VIGIL. Y ¿porqué no hemos de ser todos *infallibles* SI EL PAPA LO ES? A lo menos, yo y los sabios como yo, debemos serlo.

Yo. Y ¿por qué no ha decir misa el Cardenal Antonelli, siendo el político más distinguido de Europa?

El señor VIGIL.—Hombre, no sea usted majadero. ¿Cómo ha decir misa, si no es sacerdote? Ni, qué tiene que ver la política con la potestad de consagrar.

Yo. Pues, ¿cómo Vos queréis que seamos infalibles, si no somos Papas? Y, en cuanto á los sabios, ¿qué tiene que ver la sabiduría con la infalibilidad?

El señor VIGIL. Quiere decir que todo lo que he escrito en mis artículos de EL COMERCIO y en mi última carta al Papa son disparates. No me conformo con eso.

Yo. No quisiera decíroslo, en vuestra cara.....pero .....aunque os enfadéis, y no os conforméis.....(*inclinando la cabeza y entre dientes*). SI SON SEÑOR.

El señor VIGIL. ¡Vaya con la lisura del muchacho! (Yéndose). Olvida que soy un sabio; lo desprecio.

Yo. ¡Gracias á Dios que se acabó este diálogo! Ya me tenían la cabeza en prensa los desatinos de este señor.

No obstante la argumentación de que me he servido, creo haber demostrado los tres puntos que me propuse probar.

Basta, por hoy, para no fatigaros demasiado.  
Vuestro atento servidor.

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, 7 de octubre de 1870.

\*  
\*\*

#### CARTA CUARTA

Sr. Dr. D. Francisco de P. González Vigil

Muy respetado señor:

Después de las injurias y de los disparates vienen las lecciones.